

Margot y el ciervo de las campanas

Había una vez, entre las montañas de Francia, un pueblecito llamado Bellefontaine. Las casas eran de piedra, los tejados de pizarra y, en el centro de la plaza, se alzaba un campanario visible desde todo el valle.

Los habitantes tenían una costumbre muy antigua. La primera noche de nieve dejaban un trozo de pan en el alféizar de las ventanas.

Decían que, mientras todos dormían, un ciervo blanco atravesaba el pueblo. De sus grandes astas colgaban tres campanillas de oro.

La primera protegía el pan de los hornos. La segunda mantenía encendidos los fuegos. La tercera recordaba que ningún invierno es tan frío cuando las personas se ayudan.

Durante muchos años, nadie olvidó la tradición. Pero un verano las cosechas fueron escasas. Al llegar el otoño, los sacos de harina estaban medio vacíos y las familias empezaron a guardar cuanto tenían.

—Este año no podemos regalar ni una miga —decían.

Margot vivía con sus padres sobre la panadería. Tenía ocho años, el pelo castaño y una capa roja que había cosido su abuela.

La tarde de la primera nevada, su madre sacó del horno una pequeña torta.

—Es la última que podremos hacer hasta que llegue más harina. La guardaremos para mañana.

—¿No dejaremos nada en la ventana? —preguntó Margot.

—Este año no, hija.

Aquella noche, ninguna casa ofreció pan. Las ventanas se cerraron y la nieve cubrió las calles.

A medianoche, Margot oyó un sonido muy débil.

«Din…»

Miró por la ventana. En medio de la plaza había un ciervo completamente blanco. Llevaba tres campanillas en las astas, pero solo una había dejado escapar aquel sonido.

El ciervo miró a la niña y avanzó hacia el bosque.

Margot se puso la capa, cogió un farol y envolvió la última torta en un pañuelo.

El ciervo la esperaba junto a la fuente helada.

—Sabía que vendrías —dijo.

—¡Puedes hablar!

—Solo durante la primera noche de nieve. Las campanillas han dejado de sonar y el frío será cada vez más intenso. Debemos llegar al castillo del Invierno antes de que desaparezca la luna.

Margot subió a su lomo y entraron en el bosque.

Al cabo de un rato vieron a una anciana temblando bajo un roble.

—Llevo dos días caminando —explicó—. Nadie ha querido acogerme.

Margot recordó que llevaba el último alimento del horno. Aun así, partió la torta en tres y dio un trozo a la mujer y otro al ciervo.

La primera campanilla comenzó a sonar.

«¡Din, din, din!»

—Lo que se comparte alimenta más que lo que se guarda —dijo la anciana.

Durante un instante, unas alas transparentes brillaron bajo su manto. Después desapareció entre la nieve.

Margot y el ciervo llegaron al puente de los Espejos. Bajo las piedras solo había una niebla profunda.

Una voz preguntó:

—Solo puede pasar quien diga la verdad. ¿No tienes miedo?

Margot quería parecer valiente, pero le temblaban las piernas.

—Sí. Tengo miedo de caer, de perderme y de no poder ayudar a mi pueblo. Pero seguiré adelante.

La segunda campanilla despertó y la niebla abrió un camino seguro.

—La valentía no es caminar sin miedo —dijo el ciervo—, sino no dejar que el miedo decida por ti.

Más adelante oyeron un gruñido. Un gran lobo gris tenía una pata atrapada en un cepo de hierro.

Margot podía huir, pero vio la herida del animal.

—No te haré daño si tú tampoco me lo haces.

Cubrió la cabeza del lobo con su capa y abrió el cepo con una rama. El lobo se liberó, le lamió la mano y desapareció entre los árboles.

La tercera campanilla sonó con tanta fuerza que la nieve cayó de las ramas como una lluvia de estrellas.

Finalmente llegaron al castillo del Invierno. En la sala principal los esperaba un rey con corona de escarcha y barba blanca.

—¿Por qué habéis despertado las campanillas? —preguntó.

—Nuestro pueblo se está helando. Necesitamos que nos devuelvas el calor.

El rey golpeó el suelo con su bastón.

—Yo no he tomado nada. Los habitantes han cerrado las puertas, escondido el pan y dejado de preocuparse unos por otros. El calor que buscas no está en este castillo.

—Entonces, ¿he hecho el viaje para nada?

—No. Has traído lo que faltaba en tu pueblo: generosidad, valentía y bondad.

El rey puso un pequeño carbón azul dentro del farol.

—Esta llama solo arderá si pasa de una mano a otra. Si alguien intenta guardarla, se apagará.

Al salir, el lobo gris los esperaba y les mostró un atajo. Antes del amanecer, Margot regresó a Bellefontaine.

La llama casi se había apagado. La niña llamó a una puerta y pidió que compartieran leña con una familia que no tenía. Cuando lo hicieron, la llama creció.

El herrero reparó la estufa de una viuda. Una campesina repartió patatas. El molinero abrió el almacén de harina.

El farol se volvió dorado y los vecinos encendieron juntos el horno.

Las tres campanillas sonaron a la vez. El hielo de los pozos se derritió y la gran campana del pueblo resonó por todo el valle.

Cuando Margot buscó al ciervo, ya no estaba. Solo quedaban tres marcas doradas sobre la nieve.

Desde aquel invierno, los habitantes no volvieron a cerrar la puerta a quien necesitaba ayuda. Cada primera noche de nieve dejaban un trozo de pan en la ventana.

Cuentan que, si alguien lo deja de corazón, puede oír tres campanillas en el bosque. Y a veces también puede ver a una niña de capa roja caminando junto a un ciervo blanco.